

PEDRO GORI

EL PRIMERO DE MAYO



00411  
AED - CDHS  
BARCELONA

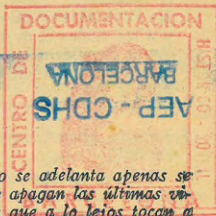


## EL PRIMERO DE MAYO

### PROLOGO

*El actor que debe declamarlo se adelanta apenas se alza el telón y mientras se apagan las últimas vibraciones de las campanas que a lo lejos tocan a fiesta.*

Este cuadro o boceto de ocasión simboliza una gran transformación. La joven campesina de alma ardiente, pura, gentil, magnánima y valiente, que despreciando la fatal rutina otro mundo más justo se imagina y sigue al extranjero misterioso en pos de amor sublime y no engañoso, es la Idea que lucha y que redime a todo aquel que entre cadenas gime;



y el extranjero el hado que nos guía  
a un porvenir de paz y de armonía.  
Y es el joven enfermo el que comprende  
y ama y sueña y a lo justo tiende,  
pero débil de cuerpo, ya cansado,  
no acierta a desprenderse del pasado,  
gran corazón que a la verdad se adhiere  
pero que al fin encadenado muere.

El viejo campesino, simboliza  
la ignorancia, que forja y eterniza  
las cadenas que adora y que respeta  
y a las cuales él mismo se sujeta.  
Es el Privilegio la vieja dama  
que a nuestra sociedad, justa le llama,  
porque encuentra corriente y natural  
que unos vivan muy bien y otros muy mal.

(Señalando alternativamente el tugurio y la casa  
señorial.)

Este es el tugurio miserable,  
Aquél es el palacio confortable.  
Aquí el obrero hambriento que padece,  
que todo lo construye y lo carece.  
Allí los que a la holganza se reducen  
y se lo llevan todo y no producen...

Este es el argumento del *Poema*...  
síntesis general del gran problema...  
más estas frases, senda ya trazó:

*Laggiú, verso la parte donde si leva il sole* (1)  
Caminando orgulloso hacia el Oriente,  
majestuosa, altiva, omnipotente,  
la Idea todo paz, luz y armonía,  
a los creyentes y animosos guía  
al mundo prometido y deseado  
y allá en el porvenir ya vislumbrado.

(Señalando el mar y el campo)

Allá en los verdes prados sonrientes,  
en los frescos jardines florecientes;  
sobre las casas blancas que al mar miran  
y a cuyos pies las olas que suspiran  
se estrellan dulcemente, hoy día primero  
del mayo venturoso del obrero,  
sonríe sin cesar la Primavera  
y ondear se ve al viento una...  
Esa alfombra de mágica hermosura  
salpicada de flores y verdura,  
esos campos que activos productores  
cultivaron a fuerza de sudores,  
y esa enseña que besa el manso viento  
con blando y apacible movimiento:  
Son los frutos ¡oh Pueblo! producidos  
por tus huestes inmensas de oprimidos;  
y el estandarte del trabajo honroso  
que da al aire sus pliegues orgulloso.  
Salud ¡oh Primavera! a tu hermosura.  
¡Salve a tu juventud y galanura!  
¡ Salvando las fronteras y los mares  
llegan acá suspiros a millares  
y a través de fronteras y océanos  
surge el rebelde grito en los humanos.  
¡Grito sublime de furor profundo  
que un día habrá de redimir al mundo!...  
*CORO INTERNO en los lejanos campos...*  
¡ Mayo!... ¡ Mayo!

(1) Ahí, hacia el lugar donde se levanta el sol.

## EL PROLOGO

¿Oís?... ¿Oís los acordados sonos?  
que lanzan hasta el cielo las naciones?

¿Oís del himno el armonioso canto?

Con ese himno de tan dulce encanto

marcha del hombre la altanera prole.

*Laggiù, verso la parte donde si leva il sole.*

*Mientras el actor se retira, las voces lejanas entonan el himno del Primer Mayo. Durante todo el coro, IDA, que sale de la casa de campo, después de haber sembrado de flores el umbral de la casa señorial, mira ansiosamente los campos.*

AEP - CDHS  
BARCELONA

## HIMNO DEL PRIMERO DE MAYO

Aria del coro de la ópera NABUCO, del maestro Verdi

Ven, ¡oh Mayo! te esperan las gentes,  
te saludan los trabajadores;  
dulce Pascua de los productores  
ven y brille tu espléndido sol.

En los prados que el fruto sazonan  
hoy retumban del himno los sonos  
ensanchando así los corazones  
de los parias e ilotas de ayer.

Desertar, ¡oh falange de esclavos  
de los sucios talleres y minas,  
los del campo, los de las marinas,  
tregua, tregua al eterno sudor!

Levantemos las manos callosas,  
elevemos altivos las frentes,  
y luchemos, luchemos valientes  
contra el fiero y cruel opresor.

De tiranos, del ocio y del oro  
procuremos redimir al mundo,  
y al unir nuestro esfuerzo fecundo  
lograremos al cabo vencer.

Juventud, ideales, dolores,  
primavera de atractivo arcano,  
verde mayo del género humano,  
dad al alma energía y valor.

Alentad al rebelde vencido  
cuya vista se fija en la aurora,  
y el valiente que lucha y labora  
para el bello y feliz Porvenir.

*Terminado el canto, IDA mira nuevamente los campos, lanza un grito de júbilo y entra en su casa.*

ACTO UNICO

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA VIEJA Y EL JOVEN entran por el fondo tiernamente abrazados

JOVEN.—Madre mía, hoy estoy triste...

VIEJA.—¡Acaso estos cantos plebeyos!...

JOVEN.—¡Oh, no, madre!... Siento el vacío en el alma...

VIEJA.—Y, sin embargo, hubo un tiempo, ¿recuerdas?... en que el cariño de tu madre te colmaba de gozo...

JOVEN.—(Tocándose la cabeza). Creo que estoy enfermo.

VIEJA.—(Abrazándole con efusión.) ¡Ah! no lo digas, no repitas esto...

JOVEN.—(Sacudiendo tristemente la cabeza.) Todos estamos enfermos... enfermos del corazón...

VIEJA.—Son estos tiempos malditos que os envenenan la sangre...

JOVEN.—No maldigas los tiempos. Todo es fatal en el mundo; la vida y la muerte, el mal y el bien...

VIEJA.—(Con dolor.) Pero dime, dime... ¿Qué se hizo aquella felicidad que se reflejaba antes en tu rostro?...

JOVEN.—(Señalando el corazón.) Siento el vacío... aquí...

VIEJA.—¿Que te falta para ser feliz?... eres rico...

JOVEN.—(Con amargura.) Sí; pero tengo la miseria en el alma...

VIEJA.—(Señalando la casa paterna.) Y esta casa tuya, esta casa que un día resonó con tus infantiles juegos... Y aquellos campos, estas colinas, estos viñedos que tuyos son...

JOVEN.—(Con ironía.) ¡Míos!... ¡Míos!... ¿por qué?

VIEJA.—Son la herencia de tu padre...

JOVEN.—¿Acaso producen por sí solos?

VIEJA.—¿Pero qué dices?... Aquí están los campesinos para trabajarlos...

JOVEN.—Entonces estos campos no son míos.

VIEJA.—¡Hijo mío!... temo de veras que estás enfermo.

JOVEN.—Estoy en mi cabal juicio... (Conduciendo a su madre hacia la verja.) Mira, mamá... estos surcos en los cuales el grano germina; estas colinas cuyos alineados viñedos se cubren de verde, estos prados tan maravillosamente cultivados... ¿Quién ha hecho todo esto?

VIEJA.—Pero si no hay necesidad de decirlo... los campesinos...

JOVEN.—Y nosotros, ¿qué hemos hecho, pues?

VIEJA.—Nada, naturalmente. ¡Somos los dueños!

JOVEN.—(Con voz trémula.) Nosotros somos... me da vergüenza decirlo, somos... (Pronuncia una palabra al oído de su madre.)

VIEJA.—(Levantando las manos al cielo en actitud de dolorosa sorpresa.) ¡Oh Dios mío!... está enfermo... está enfermo de veras...

JOVEN.—¡Ah madre!... ¡el vacío está aquí!... (Señalando el corazón.)

VIEJA.—Ven, hijo mío... Vamos a tu casa natal... el espíritu encontrará la paz entre los recuerdos

de la infancia... (Lentamente conduce al hijo *hacia* la casa.)

JOVEN.—(Una vez en el dintel, observa el ramo de flores que depositó Ida y se detiene sonriendo.) He aquí el saludo de Mayo. Qué delicadeza de sentimientos!... ¿Fuiste tú?...

VIEJA.—(Bajando confundida la cabeza.) No... lo confieso...

JOVEN.—Tomando el ramo y dirigiendo una mirada amorosa a la casa rústica.) Esto no puede ser más que el saludo de la Primavera... el pensamiento de la juventud...

VIEJA.—(Atrayéndola con dulce violencia hacia la casa paterna.) Ven... Ven conmigo. (Entran.)

## ESCENA II

IDA, la campesina, sola; luego EL EXTRANJERO  
*Ida*, apenas los don han entrado, sale de su casa, corre hacia el dintel de la casa patronal y manda un beso, con un gracioso movimiento de la mano, hacia el interior.

EXTR.—(Asomando en el cancel.) Muchacha, dame un sorbo de agua... por favor.

IDA.—(Corre hacia su casa y vuelve con un jarro que da al extranjero). Con mucho gusto. Toma.

EXTR.—(Después de haber bebido.) Gracias, muchacha...

IDA.—(Con infantil curiosidad.) ¿Quién eres?

EXTR.—Un extranjero... un peregrino, que va lejos... muy lejos...

IDA.—(Abriendo el cancel.) ¿Quiéres descansar?... Entra.

EXTR.—(Entrando.) Me detendré unos instantes...

ya que eres tan amable!... (Arroja al suelo el saco que lleva a sus espaldas y se tiende encima.)

IDA.—¿Estás cansado?

EXTR.—Mucho...

IDA.—¿Es largo tu viaje?

EXTR.—Debo andar... andar, hacia allá, hacia delante... He cruzado montes y colinas; he atravesado ríos y mares. Los abrojos del bosque me han destrozado los vestidos y la carne, el calor del verano quemó mi sangre, las lluvias invernales han marchitado mi rostro... pero yo he caminado... sin miedo... *verso la parte donde si leva il sole...*

IDA.—¿Y cuándo llegarás a tu país?

EXTR.—Debo cruzar aún otros montes y otros valles, atravesar otros ríos y más mares... el verano sucederá al invierno, los cálidos vientos a las heladas lluvias... y yo andaré aún, frente a mis ojos, sin miedo... *verso la parte donde si leva il sole.*

IDA.—¡Qué extraña peregrinación!... (Pensativa.) Y dime: ¿es bello tu país?

EXTR.—(Entornando los ojos como absorbido por el esplendor de un interno sueño.) ¡Oh, sí, bello... infinitamente bello!

IDA.—(Como atraído por la sugestión de aquel sueño.) ¡Oh, cuéntame las bellezas de tu país!... (Sentándose a su lado.)

EXTR.—(Como transportado por la evocación de los recuerdos.) Es allí... el país feliz, *verso la parte donde si leva il sole...* La tierra es de todos... como el aire, como la luz. Los hombres son hermanos... el trabajo es blasón de nobleza en aquel país... El ocio no existe, no anida el odio... La única ley, la libertad... El único vínculo, el amor... Para todos el bienestar, para todos la ciencia. La mujer no es

EL OBRERO, EL EXTRANJERO. IDA

esclava, sino la compañera confortadora del hombre. La miseria es desconocida... La igualdad, garantizada por la armonía de los derechos... No hay parásitos ni ejércitos; no más guerras... Las madres, felices... los viejos son los maestros de la infancia... se educa a los niños en el amor al trabajo, a amar a sus semejantes... La juventud bendecida es la pacífica vanguardia del Porvenir... ¡Caminamos... caminamos! Está allí el país venturoso... allí, *verso la parte donde si leva il sole*.

IDA.—(Con entusiasmo.) ¡Oh, mi sueño!... ¡Este es mi sueño!

EXTR.—(Mirando a Ida sorprendido.) ¡Cómo!... (Levantándose.) ¿Tú soñaste mi país?

IDA.—(Suspirando.) ¡Qué lástima que sólo sea un sueño!

EXTR.—Pero no, muchacha, es realidad... sólo se trata de llegar...

IDA.—¡Ah!, ¡con qué placer te seguiría, extranjero!...

EXTR.—¿Tienes novio?

IDT.—(Suspirando.) ¡Ah!, este es otro sueño...

EXTR.—Di... ¿Lo tienes?

IDA.—(Bajando la cabeza.) Sí...

EXTR.—¿Y el amor no te basta?

IDA.—(Alzando la frente con orgullo.) No...

EXTR.—¿Qué quieres más aun?

IDA.—(Con entusiasmo.) La libertad...

EXTR.—(Con aire misterioso.) Entonces... si él no quiere ponerse en camino... ven conmigo.

IDA.—(Con convicción.) ¡Oh, vendrá!... vendrá él también.

OBRERO.—(Con la chaqueta al hombro, acercándose al cancel.) Buenos días, muchacha.

IDA.—(Con sorpresa.) ¡Cómo! ¿Vas al trabajo... el día primero de mayo?

OBRERO.—¡Ya lo creo!... El principal nos ha amenazado con despedir al que hoy no se presente a trabajar...

EXTR.—(Con curiosidad.) ¿Quién es el principal?

OBRERO.—Toma... el amo...

EXTR.—(Con sorpresa.) A no engañarme, tú eres un hombre.

OBRERO.—(Entrando sonriente.) Un hombre de carne y huesos. (Entre tanto Ida se aleja hacia el fondo, mirando al campo.)

EXTR.—¿Y un hombre puede tener un amo?

OBRERO.—Sí; cuando es pobre.

EXTR.—(Con creciente asombro.) ¿Y qué has hecho para merecer ser pobre?

OBRERO.—He trabajado desde la mañana a la noche, sin tregua ni descanso.

EXTR.—¿Y tu amo, qué hizo para que mereciera ser rico?

OBRERO.—Pues se ha cansado... consumiendo lo que yo y mis compañeros hemos producido...

EXTR.—(Asombradísimo.) ¿Y por qué esta ley?

OBRERO.—Porque el amo dice que el capital y las máquinas son suyas...

EXTR.—(Acercándose afectuosamente al obrero.) Trabajador, ¿quieres un consejo?

OBRERO.—Escucho.

EXTR.—Haz que el amo comprenda un solo día que

el trabajo, solamente el trabajo es el creador de todo...

OBREIRO.—(Precipitadamente.) ¿Qué debo hacer?  
EXTR.—A estas máquinas que dan la riqueza al amo y a vosotros, obreros, la miseria, díles: "basta por hoy:... y ven conmigo.

OBREIRO.—(Sonriendo.) Comprendo... Así el mundo pensará que las máquinas no producen por sí solas...

EXTR.—Y sacará por conclusión que todo es obra de los trabajadores...

IDA.—(Reaparece en el fondo de la escena llamando en alta voz con dirección al campo.) Eh... marinero. ¿dónde vas? (La voz del marinero lejana.) Voy al trabajo.

IDA.—(Siempre en alta voz.) Voy en seguida, bella muchacha.

IDA.—No importa... Quería sólo decirte que hoy desertarás del trabajo.

(La voz más cercana aun.) ¿Por qué?  
IDA.—¿Pero no sabes que hoy es el primero de mayo?

#### ESCENA IV

#### ELMARINERO y dichos

MARIN.—(Entra en escena, detrás del cancel, en traje de trabajo.) Heme aquí... ¿que decías?

IDA.—¿No has oído hace poco el canto en el campo?

MARIN.—Sí, el canto de mayo...

IDA.—¿Por qué vas, pues, al trabajo?

MARIN.—Porque el armador quiere que zarpeamos hoy a todo trance...

IDA.—Pues espero que no irás.

MARIN.—¿Si fuese el amo!

IDA.—Es verdad... tú eres el esclavo... ¿y por qué besas tus cadenas?

MARIN.—(Pensativo.) ¿Qué dices?

IDA.—(Con inspirado acento.) Escúrame, extranjero; y vosotros, obrero, marinero, escuchadme...

Mi lenguaje os parecerá extraño en boca de una mujer. No puede explicarme de dónde procede esta voz que hoy habla por mi boca. Una canción misteriosa flota desde esta mañana en el ambiente...

¿Son acaso los dispersos suspiros de todos los muertos de hambre?... ¿de los mineros sepultados en los pozos oscuros?... ¿de los obreros destrozados por las máquinas o de los niños y de los viejos que el frío mató?... ¿Acaso son de los soldados que el cuartel o el campo de batalla engulle?

¿Acaso este canto misterioso es el saludo de los trabajadores, enviado de un extremo al otro del mundo?... ¿es la sonrisa de la esperanza que renace con las flores de mayo, o el rumor de las armas dirigidas contra esta resurrección del hombre?... Yo no sé, no acierto a explicármelo... pero sí puedo deciros que, de la gran familia de los trabajadores, el que hoy falte al pacto de fraternidad es un cobarde...

EXTR.—(Estrechando con efusión la mano de Ida.) Joven, tú eres digna del país hacia el cual me encamino.

IDA.—El país de mis sueños...

EXTR.—(Solemnemente.) El país está allí, *verso la parte donde si leva il sole.*

MARIN.—(Con resolución.) Puede el armador amenazar cuanto quiera; el buque no zarpa hoy. Los compañeros me escucharán.



## ESCENA V

## EL JOVEN e IDA

OBRERO.—El taller permanecerá cerrado... sabré persuadir a mis hermanos.

IDA.—De este modo los amos no osarán decir que dejáis el trabajo por amor al ocio.

MARIN.—¿Acaso puede decirlo el armador, que sólo ha visto sus naves en el puerto?

OBRERO.—¿Y el industrial, que contempla sus máquinas con las manos metidas en los bolsillos?

IDA.—¿O el propietario de los campos, que sólo asoma cuando hay que embolsar el producto del sudor de los demás?

EXTR.—¡ Pobres condenados a la eterna fatiga y a la miseria eterna! ¿Por qué no vais a mi país... al plácido país de la igualdad y de la libertad?

OBRERO.—Pero yo sólo poseo mis brazos...

EXTR.—¿Acaso no son una riqueza allí donde el trabajo tenga derecho a la vida?

MARIN.—Dime, extranjero: ¿Se me aceptará de buen grado?

EXTR.—Allí cada ciudadano del mundo encuentra su patria, cada trabajador, su natural y grandiosa familia...

OBRERO.—(Resueltamente.) Pues bien; ven conmigo al taller a recordar a mis compañeros el deber de solidaridad y luego voy contigo...

MARIN.—Dejadme llevar a mis compañeros del mar las palabras que nos enseñó esta muchacha y yo también iré con vosotros...

EXTR.—(Contemplando a Ida con pasión.) Y tú, bella y valerosa joven, ¿nos seguirás?

IDA.—(Dándole la mano en señal de solemne promesa.) Antes de partir pasa de nuevo por aquí... Habré ya hablado con él... le persuadiré...

EXTR.—(Mirándola fijamente.) Tengo tu palabra...

IDA.—(Con firmeza.) Iré... (Salen)

JOVEN.—(Saliendo de su casa con tembloroso paso.) Tengo miedo... tengo miedo en mi casa... (Ve a Ida y en su semblante irradia el gozo.) ¡Ah! ¿Eres tú? (Abrazando con efusión a la joven, que se abandona en sus brazos.) ¿Eran tuyas aquellas flores?... Lo adiviné...

IDA.—(Con alegría.) Lo adivinaste... Dime: ¿por qué tardaste tanto?

JOVEN.—Pero mi corazón no te había olvidado.

IDA.—(Acariciándole.) ¡Qué pálido estás... y qué triste!

JOVEN.—(Con temblorosa voz.) Es que tengo miedo... Ida, tengo miedo. Estoy enfermo y mi casa hace descender el frío a mi alma...

IDA.—(Sorprendida.) ¿La casa de tus padres?

JOVEN.—(Despreocupadamente.) ¡Cuán tétrica es!... Hace renacer todos mis infantiles miedos...

IDA.—Cálmate... estás a mi lado... ¿no me ves?

JOVEN.—(Respirando con voluptuosidad.) ¡Oh!, aquí sí que se respira... A tu lado siento el suave calor primaveral, pero en aquella casa, no... no quiero entrar. (Estrechándose a Ida)

IDA.—Pero allí está tu madre, que te adora y que te espera...

JOVEN.—(Con tristeza y terror.) ¡Mi madre!... Sí, es verdad; pobre mujer... ¡me quiere tanto!...

IDA.—Tú no eres feliz; confésalo.

JOVEN.—¿Yo feliz?... (Con amarga sonrisa.)

IDA.—Y sin embargo, eres joven, bello, rico.

JOVEN.—Pero yo no vivo... me aburro; la pobreza de los demás me entristece... mis riquezas me

avergüenzan... Además, mírame bien... ¿no ves que estoy enfermo?

IDA.—Pero no; tú eres fuerte y vigoroso.

JOVEN.—(Moviendo tristemente la cabeza.) Te engañas. Mi mal está aquí... (Señalando la cabeza y el corazón.)

IDA.—(Con ternura.) Mi amor te curará.

JOVEN.—Y si no me cura no hay salvación para mí... (Bajando la voz y con terror misterioso.) Oye, querida mía: a ti puedo confesarlo. Esta enfermedad es la herencia de las culpas de mis padres... éstos gozaron demasiado, como los tuyos mucho sufrieron. Me transmitieron la sangre envenenada. (Con voz lúgubre.)

IDA.—(Sacudiéndole dulcemente.) Tú deliras... Torna a la realidad de la vida, que es para nosotros amor y gozo. Escucha y oirás los cantos de augurio primaveral, las voces del Mayo obrero... las arcanas voces que anuncian una nueva juventud del mundo a los hombres de buena voluntad.

JOVEN.—(Con éxtasis al oír estas palabras.) ¡Oh!, habla... habla... Siento que el bálsamo desciende a mis heridas, aquí... Comprendo que se llena el vacío... (Señalando el corazón.)

IDA.—¿No sabes? Hoy las abejas humanas repodurante el año!... Tienen derecho a esta pascua de las flores y de la esperanza.

JOVEN.—(Absorto.) Sí, es verdad, ¡tienen derecho a este descanso!

IDA.—Además... debo decirte una cosa, extraña e interesante. (Vacilando.)

JOVEN.—¿Por qué te detienes? Habla, pues.

IDA.—Hoy pasó por aquí un extranjero... un ex-

tranjero misterioso que camina, que camina... *verso la parte donde si leva il sole.*

JOVEN.—(Con viveza.) ¿Dónde se eleva el sol?...

IDA.—Es allí... hacia el Oriente, el país dichoso. *La tierra es de todos, como el aire y la luz... Los hombres son hermanos... Esto y mucho más me dijo el extranjero... y este país de iguales y libres mi fantasía lo ve... lo he soñado...*

JOVEN.—¿Lo has soñado?

IDA.—(Como arrastrada por la visión de una realidad vivida.) ¡Qué sueño más miedoso al principio!... Estaba perdida en una llanura... una llanura infinita y desierta... La tempestad rugía sobre mi cabeza... la lluvia me azotaba el rostro con violencia, el viento silbaba hasta ensordecerme... No recuerdo cuántas veces caí, cuántas me levanté. Caminaba desesperadamente... marchaba siempre hacia Oriente, donde sonreía una faja de azulado cielo. Al llegar al extremo de la llanura encontré aún una cuesta áspera y espinosa... Al llegar a la cima miré el valle lleno de sol... y vi...

JOVEN.—(Con ansiedad febril.) Di, ¿qué viste?...

IDA.—(Estática al evocar la belleza de su sueño.) La ciudad misteriosa... el país feliz... La tierra en la cual *el trabajo es blasón de nobleza. En la que el odio y el ocio no existen... Única ley la libertad... el único vínculo el amor. Para todos el bienestar... para todos la ciencia. La mujer no es esclava, sino la compañera del hombre.*

JOVEN.—(Con transporte.) Sólo a este precio merece el sueño que fuera realidad... La sangre bulle rejuvenecida en mis venas... Ida, ¿dónde está el extranjero?

IDA.—Pasará por aquí antes de marcharse.

JOVEN.—(Con entusiasmo.) Nos iremos con él.

IDA.—¿Y tu madre?

JOVEN.—Se consolará.

IDA.—¿Y la casa de tus padres?

JOVEN.—¡Ah! esta casa... la detesto.

IDA.—Mira que hay que andar mucho... caminar sin miedo, sin cansarse... Atravesar montañas y colinas, ríos y mares. Los abrojos de los bosques destrozarán nuestros vestidos y nuestra carne... el calor de los veranos quemará nuestra sangre; las lluvias invernales amaratarán nuestros rostros...

JOVEN.—(Con entusiasmo.) Si precisamente esto es lo que deseo, la lucha, la peregrinación misteriosa y fatal hacia el país de las gentes libres e iguales.

## ESCENA VI

EL CAMPESINO VIEJO, IDA y EL JOVEN

CAMP.—(Llamando con duro acento desde el interior de la casa.) ¡Ida! ¡Ida!...

IDA.—(Sin moverse.) ¿Qué quieres?

CAMP.—(Refunfuñando.) ¡Siempre estás fuera de casa!...

IDA.—Busco el aire y la luz, padre...

CAMP.—(Saliendo de casa con los instrumentos de trabajo.) ¿Qué poca consideración para con los viejos!... (Al ver al joven señorito, cambia de tonos, señorito, no sabía que estuviese usted no y se vuelve humilde y obsequioso.) ¡Ah! Mil aquí... Me alegro... me alegro... (Se quita respetuoso el sombrero y deja los aperos a un lado.)

JOVEN.—(Obligándole a cubrirse.) Vamos, cúbrase usted... un viejo trabajador no debe humillarse ante nadie.

IDA.—He aquí una cosa que no quiero comprender nunca.

CAMP.—(Lanzándole una mirada de reproche.) Es que yo no soy tan valiente como tú.

IDA.—Padre, yo te respeto y te compadezco, porque eres el pasado; pero yo, que soy joven, pertenezco al porvenir.

CAMP.—¡Eres una hija muy extraña, tú!... En nada te pareces a los tuyos. Ya lo sé... Todo el mundo te lo critica... Ninguna campesina de tu edad habla como tú... Nadie te entiende...

JOVEN.—Es que la inmensa mayoría no puede comprenderla, porque vive aún entre tinieblas y ella vierte palabras de luz.

CAMP.—¡Palabras de luz!

JOVEN.—(Con vivacidad.) Sí; y el vulgo, plebeyo o aristócrata que sea, no sabe comprender las cosas grandes y bellas.

CAMP.—(Con humildad.) Ya que usted lo dice me callo la boca. (Disponiéndose a recoger las herramientas.)

JOVEN.—¿Dónde va usted?

CAMP.—Al campo a trabajar.

JOVEN.—¿No celebráis la fiesta del trabajo?

IDA.—Mucho se lo rogué esta mañana, pero él se ha empeñado en trabajar.

CAMP.—¿Acaso el hombre no ha nacido para trabajar?

JOVEN.—El hombre ha nacido para vivir; el trabajo sólo es una necesidad. Pero cuando muchos ociosos benefician de sus mejores frutos, el trabajo se convierte en una maldición.

IDA.—Y precisamente para recordar esto a los ociosos del mundo, los trabajadores hoy hacen fiesta.

CAMP.—¿Esto significa el primero de mayo.

IDA.—Significa algo más también. Quiere decir que las callosas manos de los que siempre sudan, se han buscado para darse el apretón del dolor; y se han apercibido de que forman la cadena de un nuevo pacto. Significa que mayo, después de los inviernos sin fuego ni pan, torna hoy con la bandera de la redención y con las floridas guirnaldas en las frentes bañadas de sudor. Quiere decir que los pueblos, después de tantos estragos y fratricidas guerras, quieren al fin combatir por la independencia de la humana nación. Quiere decir que todo esto es inevitable, como es inevitable que de aquí a un año vuelva otra vez mayo, la eterna juventud; como dentro de pocos meses es inevitable que de estas flores madurarán las mieses, fruto del despreciado trabajo.

JOVEN.—(Entusiasmado y lleno de admiración.) Joven, tú eres el viviente símbolo de una idea.

CAMP.—(Moviendo la cabeza con indiferencia.) Este lenguaje será muy bello, pero yo no alcanzo a comprenderlo. Amo mío... debo ir a trabajar. Si no se trabaja, no se come. (Tomando otra vez las herramientas.)

JOVEN.—Y, sin embargo, yo como sin trabajar.

CAMP.—Y yo trabajo sin comer... Bah, dejémonos de razones...

IDA.—Pero ¿no oyes?

CAMP.—Veo... veo, pero entretanto, ¿cómo lo haríamos si los amos no nos hicieran trabajar?

JOVEN.— Y nosotros, ¿cómo nos arreglaríamos para vivir si vosotros con vuestro sudor no nos mantuviérais?

CAMP.—Pero ustedes tienen la riqueza...

JOVEN.—La riqueza y todo aquello que del trabajo deriva, ¿acaso no es obra de los trabajadores?

CAMP.—(Melancólicamente.) No digo que no, pero el mundo ha andado siempre así... ¿Qué le hemos de hacer!... Es una desgracia nuestra.

JOVEN.—Vuestro mal... es que vosotros lo queréis. Ni siquiera queréis ver que sois esclavos y miserables...

CAMP.—(Inclinándose humildemente.) Si usted lo dice, señorito, no tengo nada que objetar. (A Ida desdeñosamente.) Pero tú... ¿qué derecho tienes para hablar mal de los amos?

IDA.—El derecho de ser libre, como tú tienes el deseo de continuar siendo esclavo.

CAMP.—(Con sorda cólera.) Veremos, veremos dentro de pocos meses. El trabajo de los arrozales te quitará estos humos de la cabeza... Este año irás tú también.

IDA.—(Con firmeza.) ¡¡ Al arroz!!... ¡ Yo!... ¡ Já-más!

CAMP.—(Trémulo de rabia.) Entonces te echaré de casa.

IDA.—(Resueltamente.) Me iré... tanto mejor... lo deseaba, pero al arrozal, no. (Con repugnancia.) Las he visto, a aquellas pobres mujeres, trabajando entre los corruptos miasmas... lividas, acabadas, destrozadas... Allí... con la boca casi en contacto con la putrefacta agua. Las he visto bajo los rayos de un sol despiadado, con sus piernas flacuchas, mordidas por las sanguijuelas de los lodazales. Yo las he visto, cuando volvían a su país, amarillas, convertidas en esqueletos, con la maldita fiebre en la sangre...

JOVEN.—(Con terror.) ¡ Oh, cuánta monstruosidad!

IDA.—(Persistiendo.) Ya sé que el trabajo es condición de vida. Pero aquello es una fatiga bestial...

EL EXTRANJERO, el OBRERO, el MARINERO

y dichos

EXTR.—(Se detiene en el dintel de la verja con aire majestuoso. El obrero y el marinero esperan en el fondo con sus sacos a la espalda.) ¿Y bien?..

IDA.—(Adelantándose resuelta.) Estoy pronta.

CAMP.—(Avanzando amenazador.) ¿Dónde vas? Dime: ¿dónde vas?

IDA.—(Con firmeza y serenidad.) ¿Qué te importa a ti, pobre viejo? Te he amado, te he servido y te venero aún, a pesar de mi marcha. (Besando la mano al viejo, que queda como el que ve visiones.) Pero tú no me has comprendido... no podías comprenderme... porque tú eres esto que muere y yo lo que nace... Tú eres la esclavitud y yo la libertad... por esto me voy.

JOVEN.—(Con suplicante acento.) Deja que te siga...

CAMP.—(En el colmo de la confusión.) ¡Pero éstos se han vuelto locos!

IDA.—(Al joven con solemne acento.) ¿Estás dispuesto a arrostrar los furiosos vendabales y las implacables tempestades... el sol ardiente y las heladas exterminadoras?..

JOVEN.—(Con pasión.) Estoy dispuesto a afrontar la muerte para serte fiel...

IDA.—(Dándole la mano.) Sé, pues, mi compañero.

JOVEN.—(Disponiéndose a marchar.) Adiós, casa vieja de mis padres...

retribuida con pocos céntimos al día. Yo me siento mujer y mi mente se rebela sólo al pensar en tanto envilecimiento... ¡Desgraciada sociedad la que pisotea de tal modo a la mujer!... Prefiero rebelarme... rebelarme a ti, padre mío, que ni siquiera tienes el valor para protestar. Me rebelo en nombre de unos pocos. No quiero, no; no quiero que mi de todas estas desconocidas víctimas de la avaricia juvenil sonrís a la apaguen las miasmas del paludismo... No quiero, no, que mi sangre virgen la chupen las sanguijuelas de los arrozales y estas otras sanguijuelas que viven en los palacios... Es allí, verso la parte donde si leva il sole, donde existe un país feliz...

JOVEN.—(Fantaseando.) ¡El país de tus sueños!

IDA.—(Radiante con la espléndida visión.) Allí detrás de la llanura difícil... ¡Cuánta paz! Lo traduce el mismo sonido de las dulces palabras... *La mujer no es esclava, sino la compañera del hombre... desconocida la miseria... la igualdad garantizada por la armonía de los derechos... No hoy parásitos ni ejércitos... no más guerras... las madres felices... los viejos son maestros de la infancia... se educa a los niños en el amor al trabajo, a amar a sus semejantes... La juventud bendecida es la pacífica vanguardia del porvenir.*

JOVEN.—(Completamente sugestionado.) Es allí, allí... ¡verso la parte donde si leva il sole!..

(Breve pausa.)

IDA.—(Impresionada.) Vuelve... lo siento... lo advino...

JOVEN.—(Con ansiedad.) ¿Quién?... Dime...

IDA.—El... el extranjero misterioso.

## ESCENA ULTIMA

La señora VIEJA y dichos

VIEJA.—(Apareciendo en el dintel de su casa.)  
¡Hijo!... ¿Dónde vas?

JOVEN.—(Se detiene de pronto, y como sobreco-  
gido de un temblor súbito.) Madre... ¿por qué me  
detienes? Me iba al país de la felicidad. (Pasán-  
dose las manos por los ojos.) Me había vuelto jo-  
ven... animoso... y ahora la nueva noche vuelve  
a descender a mi corazón...

VIEJO.—(Con dolor, acercándosele.) ¿Así cambias  
el cariño de tu madre?...

JOVEN.—(Con creciente dolor.) ¡Madre mía, este  
cariño es tirano!...

VIEJA.—(Con amargura.) Ve, pues, si quieres... no  
quiero detenerte. Abandona la casa de tus padres,  
todo lo venerable que te enseñé a respetar y ante  
lo cual hasta el presente te arrodillaste; olvida los  
recuerdos que deberían ser sagrados. Rebélate  
a tu pasado, al amor de tu madre. Haz lo que quie-  
ras. Sigue a esta mujer y al destino que la conduce  
allí hacia lo desconocido.

JOVEN.—(Sollozando.) ¡Madre mía, si supieras  
cuánto me destrozan el corazón tus palabras,  
cuánto lo encadenan!... ¡Oh, Ida! Bella mía, ya  
no tengo fuerzas para seguirte... me tiemblan las  
piernas... ¿Cómo podría resistir la fatiga de esta  
larga marcha?...

IDA.—(Conmovida, pero con serena firmeza.) Si no  
tienes fuerzas para seguirme... quédate...

JOVEN.—(Con ansiedad.) ¿Y tú?

IDA.—(Con dolorosa energía.) Yo... Marcharé a  
pesar de todo.

VIEJA.—(A Ida, con desdén.) Vete, vete... fuiste  
tú quien lo reñujo a este estado...

CAMP.—(Con servil humildad.) Señora, yo también  
la rechacé, porque tuvo la osadía de rebelárseme...

IDA.—(Con acento grave y calma.) Os perdono por  
amor a esto que no comprendéis.

VIEJA.—(Desdeñosamente.) ¡Cómo! ¿Te atreves?

JOVEN.—(Vacilante y apoyándose en Ida.) No,  
madre... no la maltrates... Viejo, no la maldigas...  
¡Ella fué el único rayo de sol de esta pálida ju-  
ventud!... (Llevándose ambas manos al corazón.)  
Helo aquí... Helo aquí el mal que vuelve... (Apre-  
tándose las sienes.) Siento el vacío... aquí. (Va-  
cila.)

VIEJA.—(Acercando una silla y obligándole a sen-  
tarse.) ¡Hijo mío, perdona a tu madre sus palabras  
de amargo reproche!...

JOVEN.—(Con voz débil y sonriendo melancólica-  
mente.) Lo sé... lo sé que creiste hacerme un bien...  
aun cuando me arrebatabas la libertad, la luz, el  
aire... Me matabas por exceso de cariño...

VIEJA.—(Sollozando.) ¡Hijo... no me hagas llo-  
rar!...

JOVEN.—(Con voz entrecortada por los sollozos.)  
Tú no tienes la culpa de que te educaran así...  
Todo es fatal en el mundo: el mal y el bien... la  
vida y la muerte... Además, esta enfermedad es la  
herencia de mis padres... es un castigo tremendo...  
porque mis padres gozaron mucho... como tus pa-  
dres, ¡oh, Ida mía!, sufrieron también mucho.

CAMP.—(Tristemente.) Y sufrimos aún.

JOVEN.— Pero vendrá el día de la reparación,  
vendrá. (Extendiendo las manos como en actitud  
de solemne promesa.) Lo afirmo ante el florecer  
de mayo que abre las rosas que ornarán mi tumba.

VIEJA.—(Abrazando con desesperación a su hijo.)  
No, no morirás... tú no debes morir.

JOVEN.—(Como galvanizado por una fuerza superior, se levanta apoyado en su madre.) Oye... ¿sabes cómo rabia soñado morir?... como el luchador de la vida... mirando de frente el sol, y desplegando al viento mi bandera... (Agita los brazos con febril entusiasmo y luego se deja caer, cansado, en la silla.) Y en cambio... ¡cuán negra la noche que desciende a mi vista! ¿Dónde está el sol... madre?... ¿Dónde está la primavera? (Temblando.) ¡Siento frío!

VIEJA.—(Sollozando.) ¡Deja que te caliente con mis besos! (Se arrodilla ante él y le cubre las manos de besos.)

JOVEN.—(Con velada y entrecortada voz.) ¡Qué fríos son tus besos, madre mía!... (Señalando con terror el muro de cerca.) ¡Cuánta oscuridad arroja aquel muro!... (Temblando.) Madre... mamá... manda que derriben aquel muro.

VIEJA.—(Sollozando.) Todo lo que quieras...

JOVEN.—(Se levanta con un esfuerzo violento y da algunos pasos vacilando.) Quiero el aire... el aire... la luz... Ida... (Como si quisiera coger algo con las manos en el vacío.) Ida... ¿dónde estás?

IDA.—(Acudiendo y sosteniéndole.) Aquí... a tu lado.

JOVEN.—(Delirando.) Quiero ir... contigo... allí... al país donde todo es amor ...y luz... (Intenta dar unos pasos y vuelve a caer desplomado en la silla.)

¡Ah, no!... La tiniebla me aferra... me encadena... (Un instante de silencio angustioso, Ida a un lado y la vieja al otro se arrodillan cerca del moribundo. Voces lejanísimas repiten, muy lentamente, las últimas estrofas del canto de mayo hasta que cae el telón. Levanta la cabeza como reanimado por el sonido del canto.) ¡El canto... el canto de mayo!... (Con esfuerzo supremo se arrodilla ayudado por las dos mujeres. El rostro del moribundo se ilumina con súbito gozo.) ¡Oh, primavera... de la esperanza humana... el moribundo te saluda!... (Buscando con temblorosa mano.) Ida... ve... ve allí... al país de la felicidad. Ve, telo ruego... (Con un último esfuerzo de energía.) ¡Lo quiero!... Por la memoria de nuestros amores... tú eres bella y animosa... Otros más animosos... y fuertes que yo, te irán... Deja estos desolados países... donde todo es oscuridad... adiós! (Besa la mano de Ida y cae agonizante en la silla.)

IDA.—(Llorando.) Adiós... pobre amor mío... (Se aleja sollozando.)

EXTR.—(Grave y solemne se acerca para sostenerla.) Ven... tu destino es allí... (Se aleja lentamente.)

JOVEN.—(Con apagadísima voz, buscando con las ojos una imaginaria luz.) Ve... ve... Que yo oiga a los menos el rumor de tus pasos... que te acerquen a la meta... ¡les acompañaré... con los últimos latidos... de mi corazón.

EXTR.—(Desde el dintel de la verja se vuelve con reposado y solemne gesto a Ida, al obrero y al marinero, que se agrupan a su alrededor.) Jóvenes... en marcha... y adelante... Allí... *Verso la parte donde si leva il sole!*

JOVEN.—(Con un esfuerzo desesperado tiende los

brazos ansiosamente, mientras los labios, agitando-  
dose convulsivamente, repiten las últimas pala-  
bras.) Donde... si leva... il sole! (Queda inmóvil  
con la cabeza reclinada en el hombro. La señora  
y el campesino lloran silenciosamente. Desde los  
campos lejanos, llegan los cantos de mayo, con ca-  
dencia dulcísima.)

CAE EL TELON